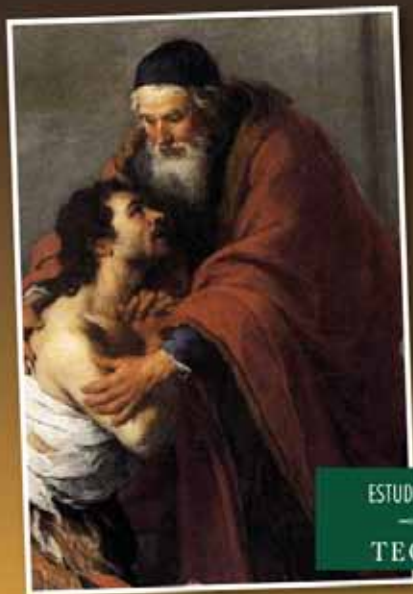


JUAN ANTONIO MAYORAL



# Los rostros de Dios en la Biblia



ESTUDIOS Y ENSAYOS  
— BAC —  
TEOLOGÍA



## SUMARIO

PRESENTACIÓN.....	XI
PRÓLOGO.....	XIII
INTRODUCCIÓN .....	XVII
CAPÍTULO I. Adán y Eva, imagen y semejanza del Creador ...	3
CAPÍTULO II. Abrahán y Sara, bendecidos por el Dios protector .....	19
CAPÍTULO III. Moisés y el don de la ley .....	41
CAPÍTULO IV. Noemí, Rut, Ana y el amparo de Dios .....	55
CAPÍTULO V. David, de pastor a rey .....	71
CAPÍTULO VI. Elías, profeta del Dios único .....	89
CAPÍTULO VII. Oseas, un marido despedido .....	107
CAPÍTULO VIII. Sombras y luces en tiempo de exilio .....	125
CAPÍTULO IX. Jonás y el ricino .....	169
CAPÍTULO X. Job y el sufrimiento del hombre .....	183
CAPÍTULO XI. Jesús y el rostro trinitario de Dios .....	199
APÉNDICE TEXTUAL .....	227

## PRESENTACIÓN

Allá en mis tiempos de director de la BAC, Juan Antonio Mayoral, que llevaba con sencilla maestría el departamento editorial, publicó un libro que me llamó la atención por la enjundia bíblica y teológica que contenía. El libro se titulaba *Tras las huellas de Dios Padre* (nada menos) y su lectura me resultó tan feliz como sustanciosa. Andábamos por aquellas calendas en las postrimerías del siglo xx y, en la BAC, nos propusimos ofrecer al público un servicio peculiar en aquel cruce de milenios. El papa Juan Pablo II había lanzado ya su memorable Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* como prelude doctrinal y pastoral para el año 2000, declarando ya aquel año como jubilar para la Iglesia, a la vez que alentaba a toda la cristiandad a sentarse a la orilla del gran río de la historia para contemplar, en su curso, las grandezas de la Iglesia y perdonar sus miserias.

En aquel contexto cronológico y eclesial decidimos crear una colección nueva que sumara todos los títulos relativos al año 2000. Acudimos a algunos autores de nuestra propia cantera editorial y sopesamos también los trabajos de autores que espontáneamente nos hicieron llegar sus originales. En son de ejemplo y de invitación, desde dentro de la BAC, Juan Antonio Mayoral escribió, como biblista, su *Tras las huellas de Dios Padre*, mientras que yo opté por mis afanes históricos y compuse una descripción global de los jubileos en la historia de la Iglesia con el título de *Los Jubileos, su historia y sentido*. Aquella colección jubilar dejó en el catálogo de la BAC 35 títulos nuevos bajo el apellido de «BAC 2000».

Valga esta evocación del pasado para encajar y contextualizar el libro que me ha presentado su autor para que yo, por mi parte, se lo presentara al público. Está visto que para que Juan Antonio Mayoral nos regale con una obra suya hace falta que lleguen al calendario fechas rojas. ¿No será el Año de la Fe lo que le ha movido a poner en marcha esta su novedad bíblica y catequética? No lo sé, pero celebro la llegada a la plaza pública de este *Los rostros de Dios en la Biblia* que tanto se parece a aquel de antaño en la modestia de su estilo y en la hondura de sus contenidos. Son dos libros hermanos. Casi diría que gemelos.

Demuestra este nuevo que el autor no ha perdido «las huellas de Dios» al ir acercándonos a «sus rostros». Supongo que los editores del ramo, a pesar de la mala circunstancia económica, no cesarán en el empeño de que llegue al pueblo de Dios la pertinente alimentación libresca. En tal servicio a la fe hay que ubicar, sin duda, esta nueva obra de Juan Antonio Mayoral.

Cuáles hayan sido los objetivos del autor, él mismo los expone debidamente en su prólogo. Yo, como lector, no voy interpretar sus propósitos. En todo caso tengo que decir que, tras la lectura sosegada de la obra, Mayoral ha conseguido lo que pretendía. Se percibe en el libro tanto la cabeza del escriturista o del teólogo como la mano del pedagogo. Cosa muy natural si se tiene en cuenta su larga experiencia en ambos oficios.

Esta vez ha elegido algunos de los múltiples rostros de Dios que la Biblia nos descubre. Los rasgos de esas variadas fisonomías de la divinidad se convierten en una guía para el conocimiento de Dios, analizando sus comportamientos para con el hombre. Para ello el autor ha ido espigando los contextos históricos y cronológicos en que, dentro de la Biblia, se desarrollan esos episodios de relación Dios-criatura. Aparecen, entre otros, Adán y Eva, Abrahán y Sara, Moisés y David, Rut y Job. Todo este desfile de personajes, Mayoral lo hace desembocar en el Nuevo Testamento y en el mar de Jesucristo. De su boca escucharán los apóstoles la parábola del hijo pródigo, paradigma inefable y eterno de la relación de paternidad de Dios para con el hombre. Así, el rostro de Dios-Padre resume y sublima todos los demás.

En resumidas cuentas, estamos ante un libro bien articulado, sencillo y pedagógico. Es decir, un libro de buen leer y en el que encontramos el aparato crítico esencial. Un libro que a mí me ha recordado, al hablar de los «rostros de Dios», aquel otro de Los Nombres de Cristo de Fray Luis de León. Por algo será semejante paralelismo. Le deseo a Los rostros de Dios en la Biblia un buen viaje entre las olas del Año de la Fe.

JOAQUÍN L. ORTEGA

## PRÓLOGO

*Los rostros de Dios en la Biblia* es un libro centrado en la experiencia humana y religiosa vivida por algunos personajes de la Biblia cuya fe sirve de modelo y referencia a los creyentes de todos los tiempos. El subtítulo que lo acompaña, «teología bíblica para meditar», indica también que no es un estudio teórico sobre el tema, sino más bien un acercamiento a los textos con intención de servir para la meditación; de hecho, sin este último paso, la pretensión de esta obra quedaría en parte recortada. Para conseguir este objetivo, nos introducimos en el mundo de los personajes, en sus circunstancias históricas, en sus vivencias, en sus esperanzas y búsquedas, en sus desilusiones y perplejidades.

Con ello se pretende un diálogo entre el lector y los personajes de los relatos, entre las búsquedas vitales de unos y otros, entre sus dudas, sus incertidumbres, sus motivos de acción de gracias y de queja.

La larga tradición bíblica ha ido releendo estas experiencias vitales, actualizándolas para las nuevas generaciones, retocando, aportando matices con sus propias vivencias. Como inspirador de toda la Sagrada Escritura, podemos decir que el Espíritu Santo las ha ido enriqueciendo haciéndolas más «luminosas» para los creyentes de cada tiempo y lugar. También, dicho de otro modo, las ha ido orientando hacia la culminación en Cristo, plenitud de la revelación.

¿Por qué ponemos el punto de mira en los «rostros de Dios»? No es un libro dedicado a los distintos *títulos divinos* que hay en la Biblia; sobre ello puede el lector encontrar abundante bibliografía. El libro nace de una experiencia personal cada vez más comprobada: el contacto con grupos parroquiales, con motivo de cursos bíblicos, charlas, retiros, etc., pone de manifiesto que nuestro conocimiento de la Biblia se reduce, en general, a la liturgia dominical y a los correspondientes comentarios homiléticos, que, en la mayoría de los casos, se orientan a los relatos evangélicos. El «rostro» de Dios que se manifiesta en el Nuevo Testamento como Dios Trinitario es bien conocido por todos los cristianos. Sin embargo, hay un gran desconocimiento de cómo la revelación bíblica, a través de los siglos, llegó a preparar esta plenitud de la revelación de Dios sobre sí mismo manifestada en Cristo. Pero, junto

a este amplio conocimiento de los textos neotestamentarios (muy desigual, por otra parte, entre los evangelios y el resto de los escritos), llama la atención el gran desconocimiento de los relatos veterotestamentarios. El Antiguo Testamento, por muy diversas razones (distanciamiento en cultura, lenguaje, historia [centrado solo en Israel], etc.), es ignorado e incluso a veces minusvalorado en la espiritualidad común de la mayoría de los cristianos de parroquias e incluso de movimientos más concienciados.

Uno de los motivos de este «rechazo» o «despreocupación» es la injusta, por ignorante, acusación de que el Dios del Antiguo Testamento es muy distinto al Padre de Jesús revelado en el Nuevo. Se achaca a aquellos primeros libros la presentación de una imagen deformada del verdadero rostro de Dios, siendo esta violenta, vengativa, nacionalista y desfasada (entre otros calificativos negativos). Además, como antes dijimos, la complejidad del lenguaje y claves culturales en que estos textos se desenvuelven hacen más difícil su lectura y comprensión. Por ello, junto al interés inicialmente expuesto de que nuestro libro busca un encuentro de experiencias religiosas (o previas, en un estado de búsqueda) entre aquellos hombres y nuestra generación, hay también otro interés: encontrarnos con el mismo Dios que, revelado por Jesucristo, ha ido saliendo al paso de hombres y mujeres de todas las razas a través de un pueblo (Israel). Su percepción histórica, a lo largo de dos milenios (que es el contexto histórico del AT), es desigual y naturalmente progresiva. El Nuevo Testamento fue escrito en unas cuantas decenas de años, de ahí que tenga una gran armonía en su presentación y vivencia de Dios; el Antiguo, en cambio, en varias decenas de siglos, lo que supone una amplia disparidad de perspectivas a veces difícil de solventar.

Teniendo en cuenta estas características de los relatos bíblicos, nos adentraremos en un reducido, pero significativo, repertorio de ellos (hacerlo más amplio sería una obra de miles de páginas), con el fin de ofrecer un ramillete de experiencias humanas y religiosas que tengan suficiente valor para los lectores modernos. No los abordaremos desde una perspectiva exegética propia de especialistas; estos conocen bien los textos y no tenemos aquí intención de erudición alguna. Por ello, las notas a pie de página son escasas y la mayoría de poco valor para estudiosos. Nuestra obra se dirige a creyentes, más o menos avezados en la lectura de la Biblia, que pueden ver enriquecida su experiencia de fe (e insistimos, o de búsqueda) con la lectura detenida de unos textos que hablan de otros hombres y mujeres que, como ellos, se encontraron con Dios (o fueron sorprendidos por él) en sus vidas, humildes y sencili-

llas, transformándolas y convirtiéndolas en «modelo» para otros hombres que habríamos de venir después.

Ninguno de los textos recogidos se agotan en toda su dimensión teológica, únicamente nos centramos en la imagen, el rostro, que de Dios se desvela en ellos. Otros temas, aun de gran valor, que puedan darse en estos relatos no son abordados, salvo quizá alguno tangencialmente por su interés general. Muchas carencias puede encontrar el especialista en nuestras reflexiones, pero, como decíamos, van dirigidas a lectores que se inician en caminos no tanto de conocimiento cuanto de reflexión de la Biblia. Por otra parte, no es nuestra pretensión ofrecer respuestas, sino inquietudes, preguntas, cuestiones sobre la vida y la fe, sobre Dios y el hombre. Las luces que pueda encontrar el lector sobre su propia experiencia y sobre los relatos bíblicos que recogemos se complementan con las oscuridades que en este mismo sentido descubra. Unas y otras son propias del encuentro que supone la propia vida del lector, única e irrepetible, y los personajes bíblicos. Por eso, cada lector obtendrá su propia cosecha de estas páginas, que no buscan ampliar sus conocimientos (aportación que también será para muchos) cuanto provocar su propia «reflexión teológica y vital».

Por último, señalamos que, por las razones expuestas, los relatos elegidos se centran no en ideas o conceptos teológicos importantes (Dios, revelación, salvación, conversión, gracia, etc.), sino en *personajes*, cuyas vidas no les son propias, pues, por su incorporación a la gran tradición bíblica, se han convertido en modelos de referencia para muchos. Adán y Eva; Abrahán y Sara; Moisés; Noemí, Rut y Ana; David; Elías; Oseas; Isaías, Amós, Sofonías, Jeremías y Ezequiel; Jonás; Job y, por último, Jesús de Nazaret nos acompañarán y nos hablarán de sus vidas y del Dios que se les manifestó, y nos invitarán a participar en ese encuentro.

El libro podría crecer y debería hacerlo aún más, pero ya como propio fruto de los lectores, quienes, abordando otros textos, realizarían un inolvidable viaje sin final por la inabarcable y rica experiencia humana y religiosa del conjunto de la Biblia. El Espíritu Santo (¡qué mejor guía!) sabrá conducir los pasos de quienes, con sinceridad e ilusión, se adentran en la fascinante interpelación de la revelación bíblica.

Leganés, 15 de julio de 2012.

## CAPÍTULO IV

### NOEMÍ, RUT, ANA Y EL AMPARO DE DIOS

Unimos para este tema tres casos que, si bien en sí son distintos, comparten una misma situación: tanto Noemí y Rut como Ana son tres mujeres necesitadas de un amparo que no obtendrán si no es gracias a la intervención de Dios. Las causas del desamparo son para Noemí su viudez, para Rut además de su viudez su condición de extranjera y para Ana su esterilidad. Tres condicionantes que en nuestro tiempo no serían graves, pero en la época bíblica tienen desde el punto de vista social y religioso graves consecuencias.

#### 1. Viudez, emigración y esterilidad en la Biblia

La viudez y la emigración eran dos motivos de gran preocupación para los autores sagrados, especialmente para los profetas. Sírvanos de ejemplo estas palabras de Jeremías: «Practicad la justicia y el derecho, librad al oprimido del opresor, no explotéis al *forastero*, al huérfano y a la *viuda*» (22,3). En Isaías se da solo el binomio huérfanos y viudas (1,17.23; 9,16; 10,2, etc.). La atención de estos grupos era una exigencia religiosa, y el abuso de su indefensión un claro delito contra la ley: «No explotarás a viudas ni a huérfanos. Si los explotas y gritan a mí, yo escucharé su clamor, se encenderá mi ira y os mataré a espada; vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos huérfanos» (Éx 23,21-23). La organización social de aquella época, claramente patriarcal y firmemente basada en criterios religiosos, hacía que tanto la estabilidad como la seguridad y prosperidad de la familia (el núcleo social por excelencia) recayera únicamente en el padre de familia; desaparecido este, la mujer y los huérfanos quedaban sin valedor alguno ante las dificultades que sobrevinieran. Lógicamente las leyes tenían una solución para estas situaciones: los parientes más próximos debían preocuparse y socorrer a estos *desamparados*. Pero su amparo no siempre era posible y un gran número de viudas y huérfanos quedaban a merced de su suerte



y a expensas de las limosnas y la buena voluntad de amigos y vecinos. Su situación de indefensión les hacía muy vulnerables, y a veces tenían que malvender sus bienes y su trabajo para sobrevivir, engrosando así el muchas veces elevado número de indigentes sociales, con el agravante de haber perdido su valedor social, el marido y padre de familia. Las vidas de estos pobres no valían gran cosa y su causa era desatendida en los tribunales, de ahí las frecuentes quejas y amenazas proféticas: «Escuchad esto, los que pisoteáis al pobre y elimináis a los humildes del país, diciendo: cuándo pasará la luna nueva, para vender el grano [...] para comprar al indigente por plata y al pobre por un par de sandalias» (Am 8,6).

La responsabilidad religiosa en estos casos era muy grave y las amenazas divinas contra los infractores, terribles, como hemos visto en el anterior texto del Éxodo. Con el paso del tiempo, esta sensibilidad ante la indefensión de algunos grupos de las masas pobres se extendió también a los emigrantes. En el caso de la ley mosaica es un motivo recurrente en Deuteronomio, donde la terna *viudas, huérfanos y emigrantes* forma un núcleo inseparable. El recuerdo y lectura teológica de la esclavitud de Egipto, de la que Dios libró a los israelitas, hace inaceptable a los ojos de este mismo Dios cualquier tipo de abuso y opresión de los que ahora viven como forasteros en la tierra prometida: «No defraudarás el derecho del emigrante y del huérfano ni tomarás en prenda las ropas de la viuda; recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que de allí te rescató el Señor, tu Dios; por eso yo te mando hoy cumplir esto» (24,17s)<sup>1</sup>.

Es también en el Deuteronomio donde se encuentra la exigencia de que el pariente más próximo atienda las necesidades de los huérfanos y las viudas. Es lo que se conoce como la *ley del levirato*<sup>2</sup>. La recordamos por tu trascendencia en el caso de Rut:

Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no se casará con un extraño; su cuñado se casará con ella y cumplirá con ella su deber legal de cuñado: el primogénito que ella dé a luz, llevará el nombre del hermano difunto y así no se borrará su nombre de Israel. Pero si el cuñado no quiere casarse con ella, la cuñada acudirá a la puerta, a los ancianos, y dirá: «Mi

<sup>1</sup> Cf. Dt 10,18s; 14,28s; 16,11s.14; 24,19-21, etc. En estos casos es frecuente en el Deuteronomio incluir al levita, pero no por su situación de pobreza sino por su condición de haber sido privado de tierras y vivir de las ofrendas cultuales. Para ampliar la comprensión de este punto, cf. Lidia RODRÍGUEZ, «La memoria, fundamento de la acogida al emigrante»: *RB* 46 (2005) 13-20.

<sup>2</sup> Término derivado del latín *levir* (cuñado). Esta ley no es exclusiva de Israel, se daba también entre los asirios e hititas y buscaba salvar la perpetuidad de la descendencia, para dar seguridad y estabilidad a los bienes patrimoniales. Al mismo tiempo aseguraba el mantenimiento de la viuda en el seno de la familia del marido. En el NT encontramos ecos de su práctica y de sus consecuencias teológicas: Mt 22,23-28 y paralelos.

cuñado se niega a perpetuar el nombre de su hermano en Israel; no quiere cumplir su deber de cuñado». Entonces los ancianos de aquella ciudad lo citarán y le hablarán. Pero si insiste diciendo: «No quiero desposarla», su cuñada se acercará a él en presencia de los ancianos, le quitará la sandalia de su pie, le escupirá a la cara y le dirá: «Así se trata al hombre que no quiere edificar la casa de su hermano». Y en Israel se le llamará «La casa del descalzado» (Dt 25,5-10).

Un caso distinto de desamparo es el de la esterilidad. Como vimos ya con Sara, la incapacidad de dar al marido un descendiente, especialmente varón, suponía para la mujer un motivo de menosprecio familiar. Y ello era ocasión para el marido, en según qué época y circunstancias, de un segundo matrimonio con otra mujer (sin necesidad de repudiar a la primera), para garantizar de este modo un heredero varón. Así vimos, por ejemplo, cómo Abrahán concibe de Agar, la esclava egipcia de Sara, la ansiada descendencia (aunque de nada le sirve desde la perspectiva divina).

La esterilidad tenía claras connotaciones religiosas, pues, dado que Dios es la fuente de la vida, los hijos provienen únicamente de su bendición. Con esta idea en la mente es fácil vincular la incapacidad de engendrar con algún castigo divino o maldición; lo que convierte a la mujer afectada en objeto de sospecha, desprecio y humillación. Claramente, en estos casos solo Dios podía resolver y cambiar la suerte de la mujer estéril; pues nadie tiene poder de generar la vida sino él. La responsabilidad en estos casos caía siempre del lado de la mujer, pues no se contemplaba la posibilidad de la esterilidad masculina como la comprendemos hoy.

Teniendo como telón de fondo estos tres casos de desamparo y oprobio, veamos cómo se manifiesta el rostro de Dios en sendas situaciones.

## 2. Noemí y su amarga desdicha

En el libro de Rut encontramos diversos personajes de interés, pero sin duda son Noemí y su nuera Rut los dos más importantes<sup>3</sup>. Sus vidas, independientemente de cuándo se escribiera el libro, se sitúan en los difusos «tiempos de los jueces» (Rut 1,1); período que abarca entre Josué, con el asentamiento de las tribus israelitas en Canaán, y Samuel, momento en que se inicia la monarquía en la elección de Saúl como

<sup>3</sup> Para ahondar más en el rico mensaje de este libro, véase *El libro de Rut*, número monográfico de *RB* 71 (2011), coordinado por Mercedes Navarro Puerto.

primer rey de Israel. Los nombres de los personajes del relato (a excepción de la genealogía final) son únicos en la Biblia, por lo que se puede deducir de ello su valor simbólico más que real. Ya el primero en aparecer nos puede dar la clave de interpretación para todo el libro, pues la historia comienza con la mención de un hombre que, viviendo en Belén y debido al hambre, se ve en la necesidad de emigrar con su mujer y sus dos hijos varones a la región de Moab. Este emigrante se llamaba Elimélec, cuyo nombre significa «mi Dios es rey»<sup>4</sup>. Y es precisamente esta realeza divina y el modo de ejercerla lo que se va a manifestar en el rostro de Dios que se desvela en esta singular historia. Que Dios sea rey es una garantía para sus fieles de su protección y providencia. Como era la de este hombre para con su familia, a pesar de sus necesidades. Pero cuando Elimélec muere, su mujer e hijos quedan en total desamparo en una tierra extranjera. Será en estas circunstancias donde la realeza de Dios socorrerá y resolverá el desamparo de las dos mujeres protagonistas del relato. Vayamos con la primera.

Noemí, cuyo nombre significa «mi encanto», «mi agrado», encarna la situación más extrema de la indefensión y desamparo. Acompaña a su esposo Elimélec en su marcha a Moab, y allí se establecen. Pasado un tiempo, muere su marido y queda viuda. Su situación es preocupante, pero no es aún extrema, pueden socorrerla sus dos hijos varones, que ya adultos se han casado con dos mujeres del lugar: Orfá y Rut<sup>5</sup>. En este país extranjero desarrollan su vida familiar, pero al cabo de diez años la viuda Noemí pierde también a sus dos hijos. Ahora el desamparo sí ha llegado al límite, la familia ha quedado reducida a tres mujeres viudas y sin hijos. Las dos jóvenes viven en su país y podrán volver con sus familias, pero Noemí está en tierra extranjera, le traerá más cuenta regresar con los suyos, allí quizá pueda encontrar amparo. Además, el hambre que obligó a su familia a abandonar su tierra ya ha terminado. Aunque regrese con las manos vacías no debería temer por su vida.

Las tres mujeres emprenden el camino hacia Judá, pero la sensatez de la mayor pone lucidez en aquella decisión: es mejor que cada una siga su propio camino. Con la muerte de sus maridos, ya nada les une. Por ello, con buen juicio, la suegra aconseja a sus nueras: «Volved a casa de vuestras madres. Que el Señor tenga piedad de vosotras como vosotras la habéis tenido con mis difuntos y conmigo; que él os conceda felicidad en la casa de un nuevo marido» (1,8s). Las jóvenes se resisten, pero Noemí insiste, es inútil que la acompañen, ella ya es mayor y no

<sup>4</sup> Los nombres de los hijos anticipan ya su desgraciado y pronto final: Majlón («languidez, enfermedad») y Kilyón («debilidad, fragilidad»).

<sup>5</sup> También el significado de sus nombres manifiesta el papel que desempeñará cada una: Orfá («la que vuelve la espalda»), Rut («la amiga»).

podrá tener más hijos con quienes poder casarlas; además, aun en el caso de que esto fuera posible, no sería adecuado que esperasen tanto tiempo. No deben renunciar a la posibilidad de otro matrimonio, pues aún tienen edad para ello. La situación de Noemí, en cambio, no alberga esperanza alguna, y así lo expresa con dolor: «Mi amargura es mayor que la vuestra, porque la mano del Señor ha caído sobre mí»<sup>6</sup>.

El razonable consejo de Noemí es seguido por Orfá, quien con dolor cede y regresa con los suyos. Sin embargo, no ocurre lo mismo con Rut, a pesar de que su suegra le insiste. Sus palabras son decididas y manifiestan una sabiduría mayor, porque están guiadas por un espíritu generoso y un amor sincero y desinteresado: «No insistas en que vuelva y te abandone. Iré adonde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; moriré donde tú mueras, y allí me enterrarán. Juro ante el Señor que solo la muerte podrá separarnos» (1,16s). Su vínculo con Noemí ya no es solo personal, su amor la ha ligado también a su pueblo y a su Dios. De este modo ambas mujeres, en su desamparo, quedan acogidas a la misericordia y providencia del Dios de Israel; su suerte será la que él decida para ellas.

La llegada a Belén de las dos viudas conmueve a sus paisanos. El reencuentro da ocasión al redactor de abundar aún más en el dolor y la precariedad de Noemí: «No me llaméis Noemí; llamadme Mará<sup>7</sup>, porque el Todopoderoso me ha colmado de amargura. Salí llena y el Señor me devuelve vacía. ¿Por qué me llamáis Noemí, si el Señor me ha affligido tanto y el Todopoderoso me ha hecho tan desgraciada?» (1,20s).

### 3. Rut, la extranjera bondadosa

A la condición de viudez de la joven Rut se une el agravante de ser extranjera, y no solo eso, además era moabita<sup>8</sup>. Las mujeres extranjeras no eran bien vistas entre los piadosos yahvistas, los vínculos con sus dioses suponían siempre una tentación idolátrica. Las moabitas estaban bien señaladas al respecto, como se recuerda en este pasaje del paso por el desierto: «Israel se estableció en Sitín. Y el pueblo empezó a fornicar

<sup>6</sup> Estas palabras resignadas de Noemí no explican su desgracia como un castigo divino, simplemente expresan la convicción general de que todo cuanto ocurre, la vida y la muerte, procede de Dios.

<sup>7</sup> Recordamos que el significado de *Noemí* es «mi encanto», en cambio el de *Mará* es, sencillamente, «amargura».

<sup>8</sup> Moab, reino vecino de Judá al otro lado del mar Muerto, tuvo frecuentes encuentros y desencuentros con los reinos israelitas, y su dios Camós, divinidad guerrera principal, recibió culto idolátrico también entre los hebreos (1 Re 11,7). Las amenazas de los profetas bíblicos contra sus reyes y habitantes son frecuentes (Is 16; 25,6-12; Jer 48; Ez 25,8-11; Am 2,1-3; Sof 2,8s).

con las muchachas de Moab. Estas invitaron al pueblo a los sacrificios de sus dioses y el pueblo participó en el banquete y se postró ante sus dioses» (Núm 25,1s). En tiempos de la reconstrucción de Judá tras el exilio babilónico se daba también esta misma prevención, incluso aversión, contra los moabitas: «En aquel tiempo, se leyó el libro de Moisés en presencia del pueblo y se encontró escrito en él que los amonitas y los moabitas no debían entrar jamás en la comunidad de Dios» (Neh 13,1). Es precisamente en esta época cuando Nehemías radicaliza la prohibición de casarse con mujeres extranjeras:

Por aquellos días también observé que algunos judíos se habían casado con mujeres asdoditas, amonitas y moabitas [...] Los reprendí y los maldije [...] y les hice jurar en el nombre de Dios: «¡No caséis a vuestras hijas con extranjeros! ¡Y vosotros y vuestros hijos no os caséis con extranjeras! ¿No fue este el pecado de Salomón, rey de Israel? Y eso que entre tantos países no había un rey como él. Era amado por su Dios, y Dios le había constituido rey de todo Israel. Pero también a él lo indujeron al pecado las mujeres extranjeras. ¿También tendremos que oír que cometéis este grave delito de traicionar a nuestro Dios casándoos con mujeres extranjeras?» (Neh 13,23-27).

Se desprende de lo dicho que los orígenes de Rut no eran una buena carta de presentación entre los paisanos de Noemí. Sin embargo, el final de la historia impondrá al lector yahvista una visión más positiva: Dios no hace acepción de personas, no distingue entre unas naciones y otras, únicamente se fija en la bondad del corazón, y conforme a ello actúa en las vidas de las personas<sup>9</sup>. Pero volvamos al relato.

Tras la llegada de las mujeres a Belén aparece un nuevo personaje en escena: Booz, un acomodado pariente de la familia de Elimélec<sup>10</sup>. Conforme a la costumbre de la época, Rut acude con otros pobres del lugar a los campos de labor donde se está recolectando el cereal, para recoger las espigas que dejaban los segadores. En esto la ley mosaica era especialmente sensible, y obligaba a los propietarios de las tierras a dejar parte del fruto en beneficio de los necesitados: «Cuando seguéis la mies de vuestras tierras, no desorillarás el campo, ni espigarás los restos de tu mies. Tampoco harás rebusco de tu viña ni recogerás las uvas caí-

<sup>9</sup> Es esta una enseñanza de la revelación bíblica que costará mucho tiempo y esfuerzos a los autores sagrados en hacer ver a sus correligionarios. De hecho, incluso le resultó dificultoso a la primitiva comunidad cristiana (cf. Hch 10,1-11,18).

<sup>10</sup> También el significado del nombre de Booz tiene un valor simbólico en la narración: «en él hay fuerza/espéricacia».

das. Se lo dejarás al pobre y al emigrante. Yo soy el Señor vuestro Dios» (Lev 19,9s; cf. 23,22; Dt 24,19-22).

Rut va a espigar a los campos de Booz, y él repara en ella, pues no la había visto nunca. El capataz le informa de que es la moabita que ha venido con Noemí. Con sorprendente atención Booz se dirige a la extranjera con amables palabras y le ofrece sus campos y la ayuda de sus segadores. Sorprendida por aquel singular trato, Rut se lo agradece y le pregunta: «¿Por qué te interesas con tanta amabilidad por mí, que soy una simple extranjera?» (Rut 2,10). Aquí se vislumbra ya un atisbo del rostro de Dios, que se refleja en la mirada compasiva y entrañable de este buen israelita hacia la pobre emigrante; es como si el Señor hablara por su boca, pues la respuesta de Booz revela lo que verdaderamente es importante ante Dios: «Me han contado cómo te has portado con tu suegra después de morir tu marido; cómo has dejado a tus padres y tu tierra natal para venir a un pueblo que no conocías. *El Señor te pague lo que has hecho; el Señor, Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte, te conceda lo que mereces*» (2,11s). Y es precisamente la actitud acogedora de Booz la *paga* con que Dios recompensa la bondad y fidelidad de Rut con Noemí. Una paga que, en el contexto y cultura de la época, se manifiesta generosa: «Booz ordenó a los hombres: “No la molestéis si espiga entre las gavillas. Dejad caer incluso algunas espigas de los manojos para que ella pueda recogerlas libremente”» (2,15s).

Acabada la jornada, Rut regresa a casa. Su trabajo ha sido muy productivo, ha recogido más de veinte kilos de cebada, suficiente para las necesidades inmediatas y para almacenar. Noemí, ignorante de las faenas de su nuera y ante aquel resultado, le pregunta: «¿Dónde has estado espigando? [...] Bendito sea quien te ha tratado tan bien» (2,19). Al enterarse de que había estado en los campos de Booz, ve en ello la mano generosa de Dios: «El Señor ha mostrado su fidelidad con los vivos y con los muertos. Ese hombre es pariente nuestro, uno de los que han de protegernos» (2,20). De nuevo el rostro de Dios se adorna con la mención de su fidelidad, que abarca no solo a los vivos, que aún lo alaban, sino incluso a los muertos, de los que conserva el recuerdo de sus buenas acciones y las sigue premiando.

Noemí dice de Booz ser «uno de los que han de *protegernos*». La protección de la que habla es una muy particular. Junto a la ley del levirato antes mencionada aparece también en este libro una institución muy significativa en la Biblia, la del *goel* («defensor, redentor»). Su función se da en el contexto de la familia (entendida esta en sentido amplio) y se basa en la necesidad, de la cual se hace virtud, de socorrer a un miembro que tiene alguna dificultad o necesidad. Su actua-

ción y obligaciones están reguladas por la práctica secular, y aunque se da también en otras culturas vecinas, como la árabe, en Israel adquiere unas características específicas<sup>11</sup>. Así, por ejemplo, es obligación del goel rescatar a un pariente que ha sido vendido como esclavo, o comprar los bienes de otro que se ve en la necesidad de venderlos para salir adelante (de este modo estos bienes no salen de la familia), incluso debía vengar los delitos de sangre. Su derecho de actuación estaba regulado por el grado de parentesco (lo veremos en el caso de Rut), y se podía dar el caso de renunciar a él, aunque no estaba bien visto. Su estimable valor social pasó del ámbito familiar al religioso, apareciendo en la Biblia referido muchas veces a Dios, que, como padre de Israel, es el vengador de los oprimidos y el defensor de todo el pueblo. También, en su dimensión no ya familiar sino social, correspondía al rey actuar en ciertos casos como goel de los desfavorecidos o de los injustamente maltratados.

Acogida con bondad por Booz, Rut sigue espigando en sus campos. Y Noemí trama un plan para atraer no solo la atención del pariente sino también su interés por la joven; de este modo, aconsejada por su suegra, Rut propicia un encuentro íntimo con él, y le da a entender que se ofrece para ser su esposa (3,1-9). La «indirecta» es claramente comprendida por Booz, quien, sorprendido, acepta su ofrecimiento con agradecidas palabras: «El Señor te bendiga, hija mía. Esta muestra de piedad es mayor que la primera, pues no has buscado un pretendiente joven, fuera rico o pobre [...] Haré cuanto me pidas, porque, como todo el pueblo sabe, *eres una mujer ejemplar*» (3,10s). En el contexto religioso en que se desarrolla la obra, la aceptación de la moabita Rut por Booz como esposa representa, en un plano superior, la aceptación de Dios, quien, como Booz, no se fija en la condición social de la muchacha, sino en su bondad y ejemplaridad.

Aunque el desamparo de ambas mujeres parece resolverse llegados a este punto, una dificultad planea sobre la solución, que dejará en suspenso durante un tiempo el final de la historia: «Pero resulta que, si bien yo soy pariente y protector (*goel*), hay otro pariente más cercano que yo» (3,12). En el orden establecido para ejercer el derecho de comprar los campos de la familia de Noemí y de casarse con la joven, hay un candidato más inmediato. Pero la decisión de Booz es firme: «Si él

<sup>11</sup> Esta importancia en la religión israelita es tal que el verbo *gā'al* es exclusivo del hebreo entre todas las lenguas semíticas. La raíz se da 121 veces en el AT, y su trascendencia en Rut es evidente: 23 casos, y solo tiene cuatro capítulos (en Isaías, con 66 capítulos, se da 24 veces y en Levítico, con 27 capítulos, 31 veces; en el resto de los libros su frecuencia habitual es entre 1 y 4 veces, solo el gran libro de los Salmos destaca con 11 casos). Cf. DTMAT I, 549-564; Roland DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento* (Herder, Barcelona 1992) 52s.

quiere actuar como protector, que lo haga; si no, te juro ante el Señor que lo haré yo» (3,13).

La comprometida escena se resuelve con el regreso de Rut junto a Noemí; discreto y disimulado, para que nadie sospeche ni pueda hablar mal de la joven. Y no regresa con las manos vacías, Booz le obsequia «seis medidas de cebada». Noemí se siente satisfecha del resultado y confía en la favorable resolución del caso: «Ten paciencia, hija mía, hasta que veas cómo acaba el asunto. Él no parará hasta haberlo resuelto hoy mismo» (3,18).

Y así es en efecto: a la mañana siguiente Booz congrega en la puerta de la ciudad, según era costumbre, a los ancianos del pueblo<sup>12</sup>. Y ante ellos informa de la situación al pariente que tenía mayor derecho que él, ofreciéndole la opción de comprar los campos de Elimélec y sus hijos difuntos, conforme a la ley. Este pariente acepta el ofrecimiento. Y Booz añade la segunda parte del compromiso: debería casarse también con Rut, y dar así descendencia al nombre de su pariente y primer marido. Pero ante esta obligación se excusa y renuncia a su derecho, dejando el camino abierto a Booz, quien, ante los ancianos y los allí congregados, declara: «Sois testigos en este día de que adquiero de manos de Noemí todas las posesiones de Elimélec, de Kilyón y de Majlón, y de que tomo por mujer a Rut, la moabita, la que fue mujer de Majlón, para perpetuar el nombre del difunto junto con su propiedad y para que su nombre no desaparezca de entre sus parientes en esta ciudad» (4,9s).

Finalmente, Booz ejerce como goel de Noemí y se casa con Rut en función de la ley del levirato. El desamparo de las dos mujeres queda resuelto. Fruto de la bendición divina que está en el trasfondo de la historia nace el primer hijo de la pareja: Obed, del que nacerá Jesé, el padre de David. De este modo la moabita Rut se incorpora a la historia bíblica como bisabuela del rey David. Así, en un contexto religioso y social de rechazo del extranjero (aquí una mujer), justificado muchas veces en la tradición bíblica como sentencia divina, el rostro de Dios ilumina y se manifiesta de una forma inesperada. El Señor acepta y bendice a todo aquel que sea bondadoso con los suyos; al pueblo elegido puede pertenecer cualquier persona, e igualmente gozar de su salvación. Ni la raza ni la condición social son un impedimento. Dios acoge a todos por igual y, si bien su bendición se transmite por medio de Israel, el pueblo elegido, alcanza a todos los pueblos. Este artículo de la fe israelita,

<sup>12</sup> El calificativo de *ancianos* no se refiere a los viejos del lugar, sino a quienes tenían una reputación y condición social tal que ejercían una autoridad reconocida entre sus convecinos; lógicamente tenían también una cierta edad.



presente ya en la bendición de Abrahán (Gén 12,3), no siempre estuvo claro en la actuación de los sacerdotes y gobernantes. Los distintos y frecuentes enfrentamientos de Israel con los pueblos vecinos empañaron numerosas veces la visión universalista de la salvación ofrecida por Dios. También influyó en esto el contexto politeísta en que se desenvuelve la historia antigua del pueblo hebreo, según el cual cada pueblo tenía su dios, por lo que no cabía esperar que el Dios de los israelitas se preocupase y acogiese a miembros de otras naciones. Sin embargo, estos pensamientos que encajan muy bien en la lógica humana son desautorizados por obras que, como este pequeño libro, muestran cómo por encima de todo prejuicio la bondad de las personas es siempre mirada y acogida por Dios sin discriminación alguna.

#### 4. Ana y el Dios de los humillados

Si anteriormente veíamos el amparo de Dios en dos mujeres viudas, ahora sucede con una esposa estéril. No es el único caso de la Biblia, y en ello se pone de manifiesto el interés de la revelación bíblica por el socorro divino. Pero no es solo esto, sino que además hay una enseñanza teológica que, como se vio con la infecundidad de Sara, va más allá de la razón biológica de una vida nueva.

El relato en que se habla de Ana, la madre de Samuel, es muy breve, tan solo 1 Sam 1,1-2,21. Y sin embargo su personaje está cargado de una gran fuerza simbólica, pues, además de la misericordiosa acción que Dios obra en ella, el autor sagrado pone en su boca un cántico de gran belleza y contenido, inspiración más adelante del himno cristiano del Magnificat (Lc 1,46-55). Los elementos del relato de mayor interés para nuestro tema son dos: la humillación de Ana y el nacimiento de Samuel. Veámoslos por separado.

##### a) *La humillación de Ana*

La escena comienza con la presentación de los personajes. En primer lugar (como no podía ser de otro modo) el padre familia, Elcaná («Dios ha querido»), levita efrateo residente en Ha Ramatáin Sufin, en la montaña de Efraín, a unos cincuenta kilómetros de Siló, núcleo teológico de la acción. A continuación sus dos mujeres: Ana («gracia») y Feniná («perla, coral»). La primera de ellas y más querida para su esposo era estéril, la segunda había tenido dos hijos (sus nombres no se indican porque no vienen al caso). Y por último Elí (nombre de significado incierto, tal vez

A Dios nadie lo ha visto jamás, sin embargo, su rostro se refleja en el de los hombres y mujeres que se dejan tocar por su gracia y responden con su vida a su llamada. Hasta llegar a la cumbre de su manifestación en su Hijo («quien me ha visto a mí ha visto al Padre», Jn 14,9), muchos creyentes han dejado en la Biblia la huella de sus encuentros con él.

Esta obra recoge algunos de los encuentros de personajes singulares, cuyas palabras y obras dejan traslucir el verdadero rostro de Dios, que es multiforme, acorde con las diferentes manifestaciones que, según circunstancias y épocas, los hombres de la Biblia han percibido de él. Aunque de comprensión compleja, la Biblia es y será siempre la mejor referencia donde buscar a Dios; este libro ofrece una lectura didáctica y comprensible de su mensaje.

**Juan Antonio Mayoral López** (Leganés, 1959), doctor en Teología bíblica por la Universidad Gregoriana de Roma, es autor múltiples artículos en libros y revistas. Entre sus publicaciones cabe destacar *Sufrimiento y esperanza. La crisis exílica en Lamentaciones* (EVD, 1994) y *Tras las huellas de Dios Padre* (BAC, 1997).

Búscalo en tu librería habitual o en

[www.bac-editorial.com](http://www.bac-editorial.com)

ISBN: 978-84-220-1615-1